

TEXTOS DE JULIO TORRI

[Selección de la Dra. Ma. del Carmen Millán.]



El abuelo

El abuelo —un viejecito de lustrosa y roja tez, ojos azules y barbas de plata, que quiere a toda costa ser amigo nuestro— preside la cena de innumerables nietos y nietas, y amigos y amigas. (Una vieja familia que tuvo antepasados en Trafalgar.)

Hablamos de Darío y Lugones y él cita a don Antonio de Solís y a Moratín; de tenis y de flirt y él desentierra sus lozanas mocedades de hijo de gobernador, en no sé qué ciudad de provincia, allá por el año de treinta.

En el comedor resuenan las risas y los gritos alegres. Todos hablamos en voz alta. Las gentiles primas sonríen llenas de benevolencia, dicen propósitos agudos, o amenazan con dengues y melindres al atrevido que respondió certeramente.

Alguien pide un cuento al viejecito. Todos aplauden y prestan atención. Y las caras se encienden por el rubor o la malicia, porque nuestro olvidadizo abuelo nos relata plácidamente un cuento picaresco de antaño, en el que todas las cosas son llamadas por sus nombres, a la sana usanza antigua.

La amada desconocida

Don Juan... por quien olvidan las cortesanas parisienses de moda sus ahorros en el Banco de Francia. Rey norteamericano de una industria como la del acero y el petróleo, la trata de blancas. En México galopa camino de la Sierra con una mujer desmayada entre los brazos. Es en España, su país natal, un señorito a quien castigará el cielo cualquier día por sus grandes infamias.

Duro vengador de hombres y símbolo de energía mediterránea, pasa ante los varones que le envidian y las hembras que por él se pierden, con la levedad de una figura de mito y la gracia de un mancebo pintado en ático vaso. (¡ Oh Keats, las melodías no escuchadas son menos dulces que tu oda inmortal!)

Victorioso y risueño —diríase que bajaba del tálamo de una deidad— con ligero paso se dirige al cementerio. Viste de negro, y en una ciudad de deportistas y *dandies* pasaría inadvertido. Sus ojos grises —feroces para tantas heroínas llorosas— miran ahora distraídamente. Una sonrisa ilumina el rostro, como aquellas que fueron compradas con el dolor de toda una vida.

Mal sujeto a todas luces, sólo tolera los mejores momentos del trato femenino. Cínico, despoja al amor de su prestigio romántico. Con decisión y aplomo espera su condenación, porque los avisos del criado, a pesar de todo, procedían del cielo.

Taimadas garduñas e hijos de pega consumirán su hacienda y acibararán su solitaria vejez; pero nada le arredra, ni las llamas del infierno, ni siquiera las molestias de su celebridad equívoca.

Entre fotógrafos y reporteros, curiosos y badulaques de toda laya, cruza la puerta del campo-santo, con una corona de flores al brazo. Conmovido, como se conmueven las gentes de buen tono; ágil, con mucho de felino en el paso y algo de hastío elegante en la figura; al modo de quien cumple uno de tantos deberes sociales, pura fórmula desprovista ya de contenido y significación, deposita con impertinente gracia una corona de siemprevivas en la tumba de la amada desconocida, la pobre muchacha sin nombre que no reclamó eternidad al caballero despiadado de los fugaces amores.

La feria

Y estando a —
Y estando amarrando un gallo
Se me re—
Se me reventó el cordón.
Yo no sé
Si será mi muerte un rayo. . .

Los mecheros iluminan con su luz roja y vacilante rimeros de frutas, y a contraluz proyectan negras las siluetas de los vendedores y transeúntes.

—¡Pasen al ruido de uñas, son centavos de cacahuates!

—¡El setenta y siete, los dos jorobados!

—¡Las naranjas de Jacona, linda, son medios!

Periquillo y Enero están en un círculo de mirones, en el cual se despluma a un incauto.

—¡Don Ferruco en la Alameda!

—¡Niña, guayabate legítimo de Morelia!

—¡Por cinco centavos entren a ver a la mujer que se volvió sirena por no guardar el Viernes Santo!

Dos criadas conversan:

—En México no saben hacer *prucesiones*. Me voy pues a pasar la Semana Santa a Huehueto-ca. . .

Una muchacha a un lépero que la pellizca:

—¡No soy diversión de nadie, roto tal!

—¡El que le cantó a San Pedro!

—¡El sabroso de las bodas!

—¡El coco de las mujeres!

—¡Pasen al panorama, señoritas, a conocer la gran ciudad del Cairo!

Una india a otra con quien pasea:

—Yo sabía leer, pero con la Revolución se me ha olvidado.

En la plaza de gallos les *humedecen* la garganta a las cantadoras; y los de Guanaceví se aprestan a jugar contra San Juan de los Lagos.

En mitad del bullicio —¡oh tibia noche mexicana en azul profundo de esmalte! —, acompañado de tosco guitarrón sigue cantando el ciego, con su voz aguda y lastimera:

O me ma —
O me matará un cabrón
Desos que an —
Desos que andan a caballo

Validós
Validos de la ocasión.
Y ha de ser pos cuándo no.

El celoso

A Ojitlán de los Naranjos no ha llegado el ferrocarril. Las costumbres se conservan aún patriarcales, aunque a la verdad el pueblo no ha progresado mucho que digamos.

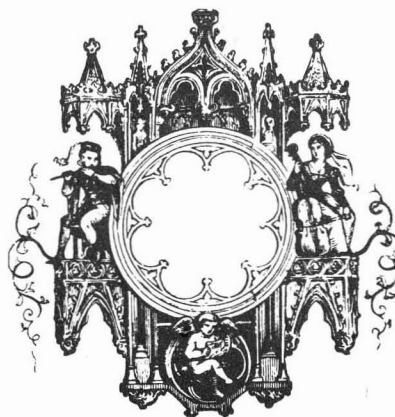
Son gentilísimas sus mujeres, arrebujaadas en los sedefios *santamarías*, a la salida de misa o en las serenatas de la plaza de armas bajo la magia de la noche tropical y ardiente.

Por las aceras de las callejas, a la sombra de copudos nogales, corren acequias tapizadas de berros. Entre fresnos añosos se recatan gráciles las torres y el campanario en espadaña de la parroquia, preciada joya del arte churrigueresco. Más allá de las últimas casas, sobre muelles ondulaciones del terreno, se dilatan como tapices los campos de labor, ceñidos por vallados de órganos y heráldicos magueyes.

En este pueblo vivía hasta poco ha un coronel retirado, cuya familia era de antiguo arraigo en la comarca. Alto, enjuto, recio de carnes, el campo le había dado fuerza y dureza. Por lo demás, seco en el trato, silencioso y taciturno de humor. Si se le examinaba atentamente, conmovía la tristeza de sus ojos apagados.

Su esposa doña Rosita era una señora de provincia, sumisa, hacendosa, de mirar inocente, tímida, devota, con el espíritu de sacrificio característico de nuestras mujeres criollas, tan bello y tan absoluto.

La dicha de ambos pareció siempre completa a



las inquisitivas miradas de las comadres y vecinas. Sólo que él tenía un modo morboso de amarla, pues le atormentaban singulares celos, que ante ella sin embargo reprimió siempre con hombría rústica y brava.

Los celos... Turbación de nuestra alma que cobra agudísima conciencia de su soledad irremediable. Pasión que no mueve a piedad por ser acaso la más individual y exclusiva, y que a los más lamentables extravíos conduce. Amargo y cruel resabio de lo quebradizo que es todo concierto y buena inteligencia.

Si se desecha el fatalismo del amor se engendran celos inextinguibles. En efecto, la pasión que dignifica mi vida ¿es necesaria y fatal? La mujer que esclarece y dora mi gris existir ¿me estaba predestinada? O pudo ser de otro, a mediar cualquier circunstancia de esas en apariencia triviales pero que son decisivas para torcer el errátil curso de nuestro destino. Y si pudo ser de otro, puede serlo aún. Su amor no viene de la necesidad, sino de la contingencia, del juego loco de los sucesos. Y ando a caza de pruebas en favor de la predestinación si revuelvo a veces lo pasado para alimentar mis querellas. El azar que me dio a la amada es capaz de arrebatármela. En todo momento —sigue diciéndose el celoso— hay que apuntalar el andamiaje frágil de mi gozo.

Y el pobre hombre toma de continuo precauciones contra extraños peligros y oscuros riesgos. Sus punzantes cautelas, su corrosiva desconfianza, su miedo patológico son incurables como tantos males imaginarios.

Tortura de sí mismo, prevención inútil contra



el incierto giro de la suerte, forcejeo por mantener cerrada una puerta que empujan desde afuera incógnitas potencias, tétrica luz que vuelve el mundo totalmente hostil, los celos evocan tristes imágenes, negros símbolos. ¡Piadosas artes las de saber con un apretón de manos, con una mirada clara, con unas palabras inocentes, ahuyentar los celos que revolotean pertinaces en torno al mísero celoso!

Si doña Rosita mostraba predilección por algo, él secretamente lo destruía; si hablaba con afecto de algún servidor, se remuneraba a éste con esplendidez y se le despedía al instante.

Fue poco a poco adivinando la fatal condenación que atraía sobre cuanto le agradaba. Se abstuvo entonces de cualquier impulso de simpatía y adquirió un aire singularmente noble, deslizándose entre las cosas sin apasionarse con ellas, desentendida de la complacencia que suelen despertar en nuestros sentidos, consagrada por entero al amor de su marido.

En la penumbra de su apartamento, la palidez y el brillo inusitado de los ojos le daban el prestigio de una aparición. Su sonrisa tenía no sé qué de extrahumano. Dijérase que la proximidad de su muerte la transfiguraba y revestía de sutil belleza.

La pobre señora enfermó. En Ojtlán no se supo a ciencia cierta de qué mal, pues sólo el esposo tenía acceso hasta la alcoba de su mujer. Se propaló la noticia de su extrema gravedad. El médico del lugar —venerable viejo ungido por una sabiduría superior a la que dispensan los libros— acudió al coronel y le propuso atender a la enferma. Tal ofrecimiento fue recibido con aspereza. Era absurdo pensar que un extraño se llegara hasta la agonizante, le tomase el pulso, la auscultase, la examinase todavía con mayor impertinencia. Así fue que la señora murió finalmente.

Como siempre sucede en casos tales, ocurrieron solícitas las vecinas (que llevaban años de no visitar la casa) a vestir a la difunta, a rezarle, tal vez a curiosear. El coronel las despedía hosco en la puerta. No otras manos que las suyas tocarían jamás a su esposa, muerta o viva. Y fue él quien desempeñó esos menesteres en que se ejercita la más bella piedad.

Tortura sin par la del viudo cuando vistió a su preciosa finada. Al meter los vestidos de raso y blondas en los miembros entumecidos, al calzar

los adorados pies con los zapatitos de satín, al deslizar bajo el rígido talle los brazos para levantarla suavemente y colocarla en la caja, sin duda probó aquel fuerte corazón las más salvajes embestidas del fiero dolor. Es posible que la razón misma se enturbiara en aquella cruel prueba.

Algunas familias enviaron coronas y flores que recibían los criados. Las ventanas permanecieron cerradas y en vano los curiosos atisbaron por si conseguían ver al misterioso coronel, sobre quien pesaba ya una leyenda negra.

El sepelio no fue al día siguiente, como es costumbre. Conocido de todos el violento amor del marido, se pensó que quería éste dilatar por algunas horas la separación definitiva.

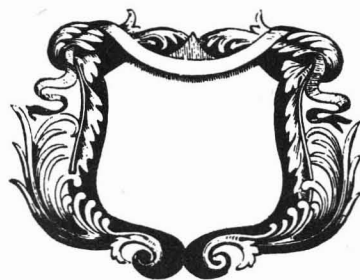
Pero pasó otro día, sin que se llevara a cabo el entierro. Y otro día más... y aun cinco. La curiosidad pública estaba excitadísima. A la semana justa intervino la autoridad para dar cristiana sepultura al cadáver. El viudo no se había apartado hasta entonces de su amada.

Cuando se abrieron las ventanas y el sol entró por la estancia a raudales, hallaron el alcalde y sus acompañantes, que no eran pocos por cierto, al coronel sentado junto al ataúd entreabierto, con una mano de la muerta entre las suyas callosas y nervudas.

Alelado por su pena no opuso resistencia a las órdenes del alcalde, y la inhumación se llevó adelante sin nuevos incidentes.

Pero al anochecer del día del entierro viose al viudo cruzar el villorrio, camino del cementerio. Allí pasó la noche, dando lentos paseos cerca de la sepultura de su esposa, embozado siniestramente en su capa, ensimismado en no se sabe qué pesarasas meditaciones.

Y volvió la noche siguiente y todas las demás hasta su muerte (que fue mucho tiempo después) a velar su sueño en medio de espesas tinieblas propicias a los espantos y nahuales. Durante sus lúgubres paseos entre las tumbas le roían el ánimo porfiados celos, y escrutaba los campos del contorno por si acudía *el otro*, el que había de amarla con la misma tenacidad inquebrantable. Pero éste no acudió nunca porque no existía más que en la imaginación del coronel, para su propio tormento. Amores tan desesperados y constantes ocurren rarísima vez y son respecto de la vida cotidiana como locas girándulas en una noche sin estrellas. Sorprende lo desmesurado de tales pasio-



nes que no guardan proporción con nuestras vidas, con las que no están a escala. Amamos, ambicionamos y odiamos como si fuéramos inmortales. Nuestra alma, en trance pasional, sobrepasa las estrechas compuertas de una encarnación y se revela en su amplio vuelo milenar.

Oracion por un niño que juega en el parque

¡Infantilidad, secreto de la vida, no le abandones nunca! ¡Tú que viertes el olvido y el descuido, no le abandones nunca! ¡Ten piedad de sus futuros cuidados!

¡Fantasía, suma benevolencia! que transformas el sórdido jardincillo de arrabal en selva encantada: ¡encanta su camino!

¡Paz interior, la de sonrisas puras y ojos lucientes y asombrados, mana siempre para él asombro y luz!

¡Infantilidad, embriaguez de almas claras! ¡Apártalo del fastidio, del análisis que conduce a las riberas de la nada, del desfallecimiento y del recuerdo!

Muecas y sonrisas

En el ascensor nos encontrábamos a menudo. Acabamos por saludarnos y después por prestarnos servicios de utilidad dudosa: yo a ella le proporcioné cartas de recomendación que no iban a ser tomadas en cuenta; ella a mí dijo alguna vez que me conservaba lozano en mis treinta y ocho años (en realidad tenía cincuenta). Algo de curiosidad o un vago impulso de cortesía me hacían proseguir el desganado galanteo. Su otoñal y decadente encanto no me atraía ni conquistaba. Era rubia, su tez bastante marchita. Cremas y afeites, en vez de disimularlos, acentuaban los estragos

del tiempo. Vestía, eso sí, con singular buen gusto. Era una ruina hermosamente conservada como esas piedras vetustas que la solicitud municipal rodea de amenos prados. Rechazando mis no insistentes ruegos, me confesó tristemente:

—Mi último enamorado no volvió tras la primera entrevista en que me abandoné en sus brazos. Temo que usted hiciera lo mismo.

*

En el amor más espiritual hay algo de sensual. En el más sensual hay mucho de espiritualidad.

*

Cuando una mujer nos hastía, nos enfadan todas las que se le parecen, las que son de su mismo tipo.

Es dolor tan sin medida
la partida
que es como perder la vida.
Villancico anónimo, anterior a 1511

*In hours of bliss we oft have met:
They could not always last;
And though the present I regret,
I am grateful for the past.*

CONGREVE

...Ruego que no se arrojen a vituperar semejantes libertades, hasta que miren en sí si alguna vez han sido tocados destas que llaman flechas de Cupido, que en efecto es una fuerça, si así se puede llamar, incontrastable, que haze el apetito a razón.

CERVANTES: *Las dos donzellas*

*

Hace un año que la perdí. A ratos pienso que su fuga es como una grave derrota mía, ya que, en la corriente veloz que todo lo desune y arrebata, no supe detenerla. ¿Se cansó de mí y huyó por eso de mi lado?, ¿mi exigente y violento amor se le hizo intolerable? No lo sé. Acaso cometí las torpezas de rigor en todo apasionado, y la primera de todas, descubrirle mi lastimosa condición. (No me consoléis, amigos, con el cordial de vuestras palabras.)

Y sin embargo no descanso en buscarla; mis ojos sólo escrutan rostros y talles y, en mis melancólicos paseos, me he vuelto insensible para los nobles árboles y las ágiles nubes que se desperezan gentilmente en las brisas ligeras. No veo sino figuras humanas, desconocidas, buscando a la que amo tanto y tan desesperadamente. A veces el ansia de encontrarla es urgente y violenta; otras se apacigua y hasta llego a pensar que he sanado



del fiero mal. Pero después me fatiga de nuevo el tormento por verla, por oír su voz... Concentró todo el fuego de mi alma, y me hizo suyo para siempre tan sin desearlo ni saberlo. Llena mi soledad su recuerdo, licor en que me embriago sin medida ni cordura. Mi pensamiento se abisma en las más pesarasas meditaciones. (Amigos, no os pese de mi callada compañía.)

*

No creo que a nada conduzca comparar épocas literarias y afirmar que el modernismo de Gutiérrez Nájera y José Juan Tablada es superior o inferior a la lírica de hoy con Octavio Paz, Novo, Villaurrutia, Gorostiza y demás. Como viejo que soy —hombre al fin del siglo XIX o del XVIII— prefiero el modernismo finisecular. Pero esta opinión mía es muy discutible. Los poetas del día se han liberado por completo de toda traba de forma, como los pintores abstraccionistas de cuanto huele a realismo, literatura, asunto, dibujo, etc. Pero tal estado, como toda moda, no es sino un momento del perpetuo devenir.

*

Escribe luego lo que pienses. Mañana ya será tarde. Tu emoción, tu pensamiento se habrían marchitado. El escritor ha de tener a su servicio una firme voluntad: siempre ha de estar dispuesto a escribir (esa sombra de la acción).

*

Cómo se deshace la fama de un autor. Se comienza por elogiarse equivocadamente, por lo que no es principal ni característico en él; se le dan a sus ideas un alcance y una interpretación que él no sospechó; se le clasifica mal; se venden sus libros, que todos exaltan sin leerlos; se le aplican calificativos vacuos: el inevitable, el estimable, el conocido, el inolvidable, etc. Poco a poco disminuyen en revistas y libros las menciones y referencias a lo suyo. Finalmente se le cubre con la caritativa sombra del olvido. ¿Resucitará?